

ESPAÑA

1919

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DEL PRADO, 11. — APARTADO DE CORREOS, NÚM. 139
TELÉFONO 5.233

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: MADRID Y PROVINCIAS, UN SEMESTRE, 5 PESETAS. — UN AÑO, 9,50 PESETAS. — EXTRANJERO: UN AÑO, 20 PESETAS

MADRID, 7 AGOSTO

SEMANARIO DE LA VIDA NACIONAL

AÑO V.—NÚM. 226.



GRAVISIMO PROBLEMA NACIONAL

LA CRISIS HULLERA

CUANDO se habla del problema hullero, del conflicto que la crisis de las minas plantea, las gentes, en su inmensa mayoría, vuelven la vista hacia Asturias considerando que es sólo un interés regional el que se ventila. Y mientras unos, los que en sus negocios durante la guerra han tenido que sufrir la tiranía, más que de los industriales mineros, de los improvisados y afortunados intermediarios y comerciantes del carbón, se llenan hoy de júbilo al ver pasar frente a su tienda el cadáver del enemigo, los otros, los que han vivido y viven al margen del ajeteo mercantil y no guardan recoldos del abuso padecido, se figuran esa cuestión de la crisis hullera como cosa, a todo más, que corresponde a la gestión de los diputados que representan a los distritos donde las minas radican; sin que su éxito o su fracaso tenga otra importancia ni otra transcendencia que la de unos cuantos industriales que se arruinan y unos millares de obreros que se quedan sin trabajo.

Verdad que este modo de enfocar las cuestiones es general en España. Un espíritu localista, estrecho y mezquino, común a todas las diferenciaciones geográficas que matizan a nuestra Península, hace que los españoles jamás sientan los problemas y aspiraciones de carácter y transcendencia nacionales: aun cuando muchas veces ofrezcamos la paradoja de ocuparnos y preocuparnos, y hasta de apasionarnos, de cosas de fronteras afuera que nada tienen de humana universalidad. Así el gravísimo problema agrario, que para muchos es asunto para que *los sevillanos se las compongan con él*; y el catalán, para que Cambó y Ventosa lo resuelvan; y el gallego, cosas de Bugallal y de Basilio Alvarez.

En este ambiente, y con tal guisa espiritual y cordial, se plantea hoy ante el país uno de los problemas más graves de su economía y de su independencia: el de la crisis hullera; la posibilidad de que cese en absoluto la explotación de nuestros yacimientos carboníferos.

No negamos, todo lo contrario, ayudamos a proclamarlo, que los negociantes de carbón se aprovecharon de las angustiosas circunstancias creadas por la guerra para enriquecerse rápidamente, improvisar fortunas, fater a los com-

promisos de sus contratos y vender cuanto, en peligrosa celeridad y mescolanza, el picador minero arrancaba de las entrañas de la tierra. Ahora que, con la misma imparcialidad que nosotros sostenemos esto, deben acompañarnos los demás para decir, que exactamente igual hicieron todos nuestros capitalistas e industriales: los arroceros, los aceiteros, los azucareros, los textiles, los del calzado; y no sólo los nuestros, sino los de los propios países beligerantes, donde explotando la terrible tragedia de la patria, comerciando con su dolor y con su desgracia, se realizaron los más fabulosos negocios y se improvisaron las más cuantiosas fortunas: que el capitalismo, aquí como allá, tiene el alma metalizada y no conoce otra máxima de vida que el *ubi bene, ibi patria*...

Es más todavía. Los mismos industriales, los mismos compradores de carbón tuvieron una gran parte de culpa en todo lo ocurrido con estos negocios, en que los precios y cotizaciones de las diferentes clases hayan alcanzado los fantásticos tipos que tanto escándalo han producido. La mayor parte de estos industriales, medio arruinados, o renqueando en sus negocios antes de la guerra, encontraron en ésta el puerto de salvación que les compensó, no ya de los apuros y pérdidas anteriores, sino que les aseguró el resto de su vida comercial. Vendieron a los países en guerra *sin límite* en los precios y ganancias, y sin otra condición que la pronta, la rápida, la urgentísima entrega de las mercancías.

Y así fueron a Asturias y a León y a las demás cuencas carboníferas, jactanciosos, con aire de invencibles conquistadores, dispuestos a romper todos los obstáculos, aunque éstos fueran Himalayas. Y si los mineros tenían su producción comprometida, ellos ofrecían todo el margen capaz de indemnizar, de resarcir, de equilibrarlo, si los anteriores contratantes a ello se avenían, o de hacer frente a las incidencias de un pleito, si a este terreno iban las cosas. Y si era el transporte el obstáculo, se dejaba en blanco lo que cada vagón costaba; y lo mismo la pronta carga y el pronto embarque, y todo, todo...

Naturalmente, con todos estos aumentos y recargos que la prisa del negocio inspira, no tiene nada de particular que haya habido casos en que la tonelada de carbón haya salido por

quinientas o seiscientas pesetas, puesta en el punto de destino industrial. Y podríamos añadir muchos y muy curiosos datos sobre este particular. Por ejemplo: una gran empresa minera de Asturias tenía un contrato de muchos miles de toneladas a precios muy bajos, casi inverosímiles en aquellos momentos, con la fábrica del gas de Madrid. Pues bien, como el contrato estaba hecho a nombre del gerente de dicha fábrica, al incautarse el Ayuntamiento de ésta, todo aquél carbón, en vez de destinarse al uso para que había sido comprado, y que el pueblo de Madrid se aprovechase de tan importante beneficio, fué lanzado al mercado con los mismos escandalosos precios que tantas protestas arrancaron entonces y tantos odios y venganzas recuerdan ahora...

Todo esto, y mucho que omitimos, no viene a cuento, ¡qué ha de venir!, para defender a patronos y capitalistas. Allá ellos se las compongan.

Lo que queremos decir y demostrar, en esta embocadura o prólogo de la serie de artículos que pensamos dedicar a tan importante problema nacional como es el de la crisis hullera, es que el argumento y la cantinela que ahora se pretende sacar, lo mismo en la prensa que en el Parlamento que en todas partes, frente a la angustiosa, justísima y patriótica demanda del Sindicato de mineros de Asturias, no tiene la menor congruencia, y mucho menos razón y fundamento, con los altos y transcendentales designios que persiguen los representantes y directores de la organización sindical obrera al reclamar medidas de gobierno para paliar y atenuar ahora el mal y dar luego una definitiva y salvadora solución al problema.

Teodomiro Menéndez

6-124

NOTAS SUELTAS

La *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España, por el P. Antonio Astraín, de la misma Compañía*, es una obra que hemos de citar aquí con frecuencia. Por comodidad lo haremos así: «Astraín: H. C. J.»

Y antes de pasar a otra cosa, allá va una joya de este libro tan instructivo. El Papa Clemente VIII quería obligar al P. Aguaviva, quinto general de la Compañía, a venir a España, pero antes de hacerlo se murió el Papa, el 3 de Marzo de 1605. Y el P. Astraín dice en su *Historia de la Compañía de Jesús*—tomo III, libro II, cap. XX, pág. 651—«Por segunda vez salvaba Dios a la Compañía de un grave peligro mediante la muerte de su Vicario. Sin la muerte

de Sixto V, en 1590, era inevitable un trastorno en nuestro Instituto. Sin la muerte de Clemente VIII., etc.» Todo A. M. D. G.

Y vamos a otra nota.

Cuenta el dicho P. Astraín en su dicha *H. C. J.* —tomo III, lib. I, cap. VI, § 5—, que allá en Méjico el P. Concha, misionero, no sabiendo la lengua de aquellos indios, pidió un libro piadoso en lengua indiana y que le mostrase algunos párrafos, «cogió el libro, convocó a los indios y sin entender lo que estaba impreso se puso a leer con mucho fervor en voz alta algunas páginas». Y añade el P. Astraín: «¡Extraño género de predicación en el cual quien menos entendía era el predicador! Lo que no sabemos es si con eso bautizaría a 15.000 en un día, como le ocurrió a San Francisco Javier, según el P. Salmerón.

¡Extraño género de predicación en el cual quien menos entiende es el predicador! Y qué frecuente es esto, sobre todo en estos tiempos de democracia —permítasenos la metáfora— en que los que hablan al pueblo no entienden lo que dicen aunque lo entienda el pueblo.

Eso de la lengua popular tiene sus peligros y por algo la Iglesia Romana ha prohibido a los legos leer las Escrituras en lengua vulgar y sin notas. En cuanto se puso la teología en lengua vulgar surgió la herejía. ¿No era el librito *Theologia Deutsch*, en alemán, el favorito de Lutero?

¡Qué razón tenía aquel otro padre jesuita, amigo de Maura, que decía en Deusto a sus alumnos: «este argumento como tiene fuerza es en latín, en latín!» El latín es al cabo una lengua técnica, la lengua natural de la teología. Y la de los motes de historia natural.

Y a propósito del tecnicismo. Hemos estado a jeme y medio de un ministerio de técnicos. No de hombres de ciencia, ¿eh?, sino de técnicos.

La ciencia suele estar inficcionada de filosofía. Dicen que es una ciencia la fisiología, verbi gracia, y hay fisiología humana y hasta general. (Nuestro amigo Pí y Suñer, autor de una *Fisiología general* es el que gracias a ello ha descubierto que el nacionalismo catalán es un problema nada menos que biológico!) Y hasta una cosa que llaman biología. Y esto no es tecnicismo.

Veamos lo técnico. Si se trata de niños —material pedagógico— su fisiología forma parte de la pedagogía y compete a los pedagogos, sean o no maestros; si se trata de novicios de una Orden religiosa, su fisiología forma parte de la ascética y corresponde a los teólogos moralistas; si se trata de soldados, su fisiología pertenece a la ciencia militar y han de reglamentarla los técnicos; si de obreros, su fisiología debe de ser cosa de sociología... y así en lo demás. Y no sirve querer confundir las cosas.

Con un ministerio de técnicos vendría la disciplina social que tanta falta nos está haciendo.

Y si alguien nos preguntase para qué ha de servir esto, no sabríamos qué contestarle. Acaso aquel incorregible demócrata que fué Demóstenes repetiría al propósito aquello que dijo en su tercera Oliniaca: «lo que se parece a los débiles a quienes dan de comer los mé-

dicos, que ni les dan fuerzas ni les dejan morir».

Hay agonías que lo peor es prolongarlas. Como no sea para que el agonizante tenga tiempo de hacer testamento...!

Si Maura tuviese siempre a mano y consultara, como nosotros a menudo consultamos, el utilísimo librito *Juicio sumario de novelistas según el criterio del P. Pablo Ladrón de Guevara*, S. J. publicado por el P. R. Vilarín, también S. J., en la colección *De broma y de veras* acaso se habría ahorrado la última crisis por una derrota en el Parlamento. Pues en ese precioso librito habría podido leer esto: «Figue roa, marqués de—Peligroso». Y siendo el marqués de Figueroa peligroso como novelista era lo más probable que fuese también peligroso como presidente del Congreso y más después de la consagración aquella del Cerro de los Angeles.

Otra vez antes de proveer altos cargos con súltelo Maura con el P. Pablo Ladrón de Guevara, S. J. que ha leído 2.115 novelistas, incluso Jenofonte de Efeso, Pestalozzi, Michelet, Cantú, Ibsen y Victoriano Suárez, porque don-

de menos se piensa salta un novelista peligroso.

«Desde favor cortesano—lo que nunca supe, se;—non advertí ni pensé—quanto es caduco e vano.»

Estas palabras puso en boca del maestro de Santiago, D. Alvaro de Luna, el marqués de Santillana en su *Doctrinal de privados*. Y de este marqués de Santillana parece que descien- de, no sabemos por qué línea, el señor duque del Infantado—otro técnico—autor del aforis- mo de que «el máximum de servidumbre es el máximum de honor».

Cierva ascético:

Después de la crisis que le arrancó a palan- ca otra vez del Poder, parece que dijo a los pe- riodistas, según *El Sol* del 19 de julio último: —Ya se ha echado la última paletada y sólo queda poner la lápida. ¡Ya ven ustedes qué efí- meras son las grandezas de la tierra!

Pero ¿es que siendo ministro se creía grande de la tierra? ¡Qué seculares son las pequeñeces del espíritu!

Miguel de Unamuno

LOS PARTIDOS MUERTOS NO RESUCITAN

POR

Luis Bello

Es admirable ver de qué manera, ante las ruinas del viejo mundo monárquico, que apenas si conserva en pie, con sus capiteles deteriorados, tres o cuatro columnas; nuestros políticos se afanan por reconstituir los dos grandes partidos turnantes. Se ha dicho que el día de la otra crisis — la crisis por teléfono, la crisis del teniente coronel de la guardia civil, la crisis del gobernador de Barcelona, la crisis del miedo—, hubo un pacto formal ante el ara de las divinidades constitucionales y quedó acordada la unión de la gran familia liberal, por una parte, y de la gran familia conservadora por otra. Esto se pedía por quien puede pedirlo a los que hasta ahora habían podido hacerlo. Algo así fué el pacto de El Pardo. Pero la diferencia estriba en que el año 85 Cánovas y Sagasta se tendían la mano ante el cadáver de un rey, y el año 19 Romanones y Maura no respetaban el muerto, sino que trataban de levantarlo: el muerto era, precisamente, el régimen de los dos partidos. Cumplió, como bueno, toda la Regencia; sirvió, ya caduco, unos cuantos años del reinado de D. Alfonso XIII. Y ahora, aun- que quieran, ya no puede tirar más.

Lo impiden al parecer, las disensiones y lu- chas intestinas. Como se trata de dos familias, hay dentro de ellas esos pleitos terribles que acaban en ruina antes que en transacción. Pero, en realidad, lo que ha matado el régi- men de los dos partidos turnantes, ha sido la vejez. Con una frase de Ortega y Gasset se les puntala sosteniéndose todavía por el equilibrio material de su mole, como dicen que después

de muertos continúan en pie los elefantes. Y lo que acababa de ocurrir junto al teléfono era que en Barcelona estaban empujando para que el elefante muerto se cayera. El empuje había sido mucho más fuerte en 1.º de Junio del año 17. Ahora se repetía. Y como única idea ante el peligro de lo que iba a ocurrir cuando la mole se derrumbara, el Sr. Maura y el señor Dato, el conde de Romanones y el marqués de Alhucemas recibían un encargo imposible de cumplir. Cristo pudo resucitar a Lázaro, pero no ensayó con las grandes bestias.

Esa fecha del 1.º de Junio de 1917 es la cla- ve de todo lo que viene ocurriendo en las Cortes y en Palacio. Es el arranque inicial de una trans- formación que no apreciamos exactamente por- que la vivimos y porque se desarrolla sin vio- lencia. Por fortuna para lo que se vá —aunque se vaya muy despacio—, nuestro tiempo y nuestras costumbres no parecen propicios a esas revoluciones que hacen encanecer en una noche la cabeza de un hombre. Mucho menos a las que empiezan por guillotinarla. Pero andan su camino y llegan, poco más o menos, al mismo fin, en etapas más cortas. Por eso hay un error en resistencia a aceptar el hecho de la descomposición de los dos partidos históricos. Es cosa que ya ha ocurrido; no tiene que ocu- rrir. Hará falta sustituirlos, aprovechar sus res- tos si sirven para algo. Siendo, como son los partidos organizaciones, mecanismos, algo que equivale en la política a lo que el método en la ciencia, las piezas desarticuladas deberán agruparse y armarse con arreglo a otro sis-